

BLAS ORTIZ, CAPELLÁN DE ADRIANO DE UTRECH Y DEL AGUADOR LÁZARO DE TORMES

Blas Ortiz, chaplain of Adriano de Utrecht
and of the water carrier Lázaro de Tormes

Jesús Fernando Cáteda Teresa

I.E.S. Valle del Cidacos – Calahorra (La Rioja)

casedateresa@yahoo.es

ORCID: 0000-0003-0409-4297

RESUMEN

En este estudio se trata de identificar al capellán de la catedral de Toledo a quien sirve Lázaro de Tormes durante cuatro años. Se trata del vicario de su diócesis y mano derecha del arzobispo Juan Martínez Silíceo: Blas Ortiz, años antes capellán del regente y papa Adriano de Utrecht. Ello permite establecer una posible fecha de escritura de la obra, entre 1551 y 1552, la razón de la presencia del oficio de aguador en el texto y el origen de la sátira del capellán, un traidor de los clérigos judeoconversos que vieron en él a un Judas. Todo el episodio está lleno de referencias a la limpieza de sangre y, como el resto de la obra, según esta hipótesis, es el reflejo de la conflictiva aprobación del Estatuto de limpieza de sangre de la catedral primada, causa última de su escritura.

PALABRAS CLAVE

Lazarillo de Tormes; Silíceo; aguador; Blas Ortiz; Adriano de Utrecht.

ABSTRACT

This study seeks to identify the chaplain of Toledo Cathedral whom Lázaro de Tormes served for four years. He was the vicar of his diocese and right-hand man to Archbishop Juan Martínez Silíceo: Blas Ortiz, who years earlier had been chaplain to the regent and Pope Adrian of Utrecht. This allows us to establish a possible date for the writing of the work, between 1551 and 1552, the reason for the presence of the water carrier's trade in the text, and the origin of the satire of the chaplain, a traitor to the Jewish-converted clergy who saw him as a Judas. The entire episode is full of references to blood purity and, like the rest of the work, according to this hypothesis, it reflects the controversial approval of the Statute of Blood Purity of the primate cathedral, the ultimate reason for its writing.

KEYWORDS

Lazarillo de Tormes; Silíceo; water carrier; Blas Ortiz; Adriano de Utrecht.

1. ANTECEDENTES Y PROPÓSITO

El *Lazarillo de Tormes*, obra estudiada desde múltiples perspectivas, especialmente durante los últimos años, ha sido atribuido a un buen número de escritores del siglo XVI. Pese a que ha sido objeto de infinidad de debates en torno a su posición religiosa, social o política, apenas se ha entendido el mensaje que contiene. El asunto de la autoría ha desplazado en muchas ocasiones lo sustancial: la intención de la pequeña novela. La pregunta fundamental que se ha de responder para acercarse a quien la escribió fue por qué la creó. Solo de este modo podremos resolver los «problemas» a los que se refieren sus estudiosos, entre ellos, la fecha de su escritura, la causa de la presencia de personajes apenas mencionados como el maestro de pintar panderos, el alguacil, el arcipreste de San Salvador y el mercedario. O el difícil encaje de la cronología de las cortes de Toledo que se citan con la biografía del protagonista. Todavía hoy se debate si se trata de un texto erasmista o si es heredero de un anticlericalismo tradicional, presente de forma inveterada en nuestra literatura desde la Edad Media. Es objeto también de constante discusión si hay una sátira de la política imperial de Carlos V o si, por el contrario, es obra de un eficaz servidor del monarca, como es el caso de Alfonso de Valdés (Navarro, 2003). Se ha defendido que contiene un mensaje humanista y que el tema fundamental es la mendicidad y la pobreza en la España de los años centrales del siglo XVI, obra de un autor situado en una posición ideológica muy próxima en sus planteamientos a la de Juan Luis Vives (Calero, 2007).

Solo hay un camino para vencer los escollos de la obra: encontrar la llave que abra el arcaz de los secretos del *Lazarillo*. Y esta llave es, probablemente, como luego veremos, el Estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo. La llegada en 1546 a la ciudad del nuevo arzobispo Juan Martínez Silíceo, protagonista fundamental en la novela, trajo desazón y preocupación a muchos canónigos de la iglesia mayor de la ciudad. En julio de 1547, se sometió a votación su Estatuto que impedía que fueran canónigos los conversos de orígenes judíos o moriscos, texto votado afirmativamente por veinticuatro canónigos frente a diez que lo rechazaron y que no aceptaron el resultado (Amrán, 2016). Estos diez canónigos disidentes elaboraron una «contradicción» o respuesta a la defensa de Silíceo de su Estatuto que presentaron en la Corte en Valladolid y lograron con esta estrategia que se paralizara su aprobación final durante varios años. Entre estos diez opositores se encontraban cinco miembros de una misma familia de judeoconversos toledanos, descendientes del secretario de la reina Isabel, Fernán Álvarez de Toledo Zapata: el maestrescuela Bernardino de Alcaraz, el capiscol Bernardino Zapata, el capellán mayor Rodrigo Zapata y los doctores Herrera y Peralta (Amrán, 2011). Del resto de contradictores destaca, como persona muy activa en su oposición al Estatuto de Silíceo, el humanista Juan de Vergara.

Sabemos que llegó a haber algunos tumultos en la catedral una vez aprobado el texto e incluso se plantearon abiertas discusiones en favor o en contra de Silíceo y de su Estatuto entre los miembros del Ayuntamiento de la ciudad y entre importantes nobles y autoridades del clero. El Consejo del Reino paralizó inicialmente su entrada

en vigor hasta su aprobación definitiva al poco de ser entronizado Felipe II (Sicroff, 1985). En el *interim* se escribió el *Lazarillo*.

He defendido en un trabajo anterior (Cáceda, 2024) que Lázaro representa, presumiblemente, a Silíceo, con el que tiene muchas cosas en común como sus orígenes humildes y sangre limpia, su procedencia rural, el ser ambos «extranjeros» en la Ciudad Imperial, relacionados los dos con Salamanca y con la familia Alba, por tener un «oficio real», en un caso como pregonero y en otro como preceptor del príncipe Felipe. Pero, asimismo, hay en la novela, aunque escondidos, personajes que están, en la hipótesis que manejo, directamente vinculados con Silíceo, algunos de ellos nombrados por él y a su servicio en el mismo año de la aprobación del Estatuto, 1547.

Entonces nombró como su obispo auxiliar al fraile mercedario fray Pedro de Oriona (Salmerón, 1646: 382), y por tal razón se le llama en el texto «amicíssimo» (Ruffinatto, 2011: 213). Se dice asimismo en la novela que apenas paraba en el convento, que rompía muchos zapatos y que era «amigo de visitas» (Ruffinatto, 2011: 214). A lo que se está refiriendo el autor es a que fue visitador de la diócesis y, por tal razón, solía estar mucho tiempo fuera de Toledo, en viajes de inspección (Salmerón, 1646: 382). Se indica también que era «pariente» (Ruffinatto, 2011: 213), en su caso, del más importante funcionario de la corte imperial, el secretario personal de Carlos V, Francisco de Eraso, su sobrino, el cual procuró mucho por su tío fray Pedro de Oriona, logrando para él años más tarde a la escritura del *Lazarillo* el nombramiento de obispo de Almería (San Cecilio, 1668: 146). Se alude también a que era «enemigo del coro» porque entonces el cabildo de la catedral se organizaba en dos coros de canónigos, el del arzobispo y el del deán, enfrentados en aquel momento a causa del Estatuto de Silíceo (Lop, 2005).

En el mismo año de 1547, fue nombrado maestro pintor de la catedral de Toledo Francisco de Comontes, autor de un conocido retrato del arzobispo (Ceán, 1800: 351). Este, en mi opinión, es el aludido de forma despectiva en la novela como «maestro de pintar panderos», un partidario de Silíceo, quien lo designó orillando a otros como Juan Correa de Vivar.

El «escudero» de la novela tiene tres rasgos que lo identifican. El primero es su origen: la ciudad de Valladolid. El segundo es la suciedad de su ropa, de su figura, de su casa o de su cama. Así, en este episodio se alude en repetidas ocasiones a su falta de «limpieza». Y, en tercer lugar, se trata de una persona de linaje noble, por lo cual reclama que se le trate de conformidad con su procedencia y se enfada cuando alguien no se descubre ante él. Muy probablemente, este personaje esconde, de nuevo según esta hipótesis adoptada, a una persona real, el deán de la catedral de Toledo Diego de Castilla, quien comparte estas tres características con el personaje de la novela (Cáceda, 2022a). Natural de Valladolid como el escudero (García Rey, 1924), fue asimismo «sucio» o judeoconverso. Y, como él, perteneció a una familia de buen linaje, en su condición de tataranieto del rey Pedro I de Castilla. Fue, pese a que no pudo votar por no ostentar la condición de canónigo, uno de los principales opositores al Estatuto, autor de un escrito en que acusaba a Silíceo de no tener estudios conformes con las pragmáticas

del reino, puesto que los había cursado en Francia, y de pertenecer a una familia muy pobre. Adujo en su oposición al Estatuto que ya no sería necesario tener estudios ni orígenes nobles para poder ocupar un cargo en el principal establecimiento religioso de España, siendo suficiente con acreditar tener sangre limpia (Cáseda, 2022a).

La aparición de los «retraídos» en la obra, quienes propinan una paliza al alguacil al que acompaña Lázaro en una ronda nocturna por la ciudad, se ha entendido habitualmente por los estudiosos como una sátira contra la inseguridad que entonces había en Toledo (López de Ayala, 1901). Pero hay algo más. Silíceo consintió que muchos «retraídos» o huidos de la justicia ordinaria que buscaban refugio «en sagrado» se instalaran en el templo catedralicio. Hubo muchas quejas del cabildo, a las que, sin embargo, hizo caso omiso el arzobispo, permitiendo que esta situación se hiciera crónica (Rodríguez de Gracia, 1984: 133). El autor del *Lazarillo* fue alguien que conocía bien esta circunstancia, porque quizás fue un miembro del cabildo que también, como sus compañeros, expuso sus quejas a este respecto.

La profesora Vaquero Serrano (2001) descubrió hace tiempo quién se oculta bajo la máscara de «arcipreste de San Salvador» a quien sirve la esposa de Lázaro. Se trata del anteriormente citado Bernardino de Alcaraz, hijo del secretario de la reina Isabel Fernán Álvarez de Toledo Zapata, judeoconverso, maestrescuela de la catedral de Toledo y al frente de la Universidad fundada por su tío Francisco y dirigida antes que él por su hermano Juan (Vaquero, 2006). En 1546, sucedió a este último como maestrescuela y rector del centro educativo, en el que entonces impartieron clases como profesores Andrés Laguna, Alonso Cedillo, Gómez de Castro y otros reconocidos erasmistas. Esta importante familia descendiente de judíos sufrió persecución inquisitorial y varios sambenitos de los autos de fe contra ellos estuvieron colgados en aquel tiempo en la conocida iglesia de San Salvador que aparece en la obra. Se encargaron del mantenimiento de la misma desde tiempos del secretario de la reina Isabel y en su *collación* eran dueños de varias casas (Cáseda, 2022a).

Como ya he señalado con anterioridad, de los diez opositores contra el Estatuto de Silíceo, la mitad —cinco— eran miembros de esta familia, contra la que el arzobispo lanzó durísimos ataques en la pelea entre defensores y detractores, ataques recogidos en los *Papeles referentes al Estatuto de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, hecho siendo arzobispo D. Juan Martínez Silíceo*. Se les acusa de que heredaban los cargos catedralicios, se los intercambiaban y actuaban en actitudes absolutamente nepotistas:

[...] este Bernardino Zapata tuvo una hija que casó con Luis Zapata, hermano del dicho capiscol, y el doctor Herrera y este dicho Bernardino Zapata dio regreso a la maestrescolía a Juan Álvarez Zapata, dio luego regreso a Bernardino Álvarez, su hermano, que ahora es maestrescuela y este Bernardino Álvarez de Alcaraz dio luego en continente que sucedió en su hermano, coadjutoría a Bernardino de Sandoval, nieto de Bernardino Zapata, maestrescuela que fue y el dicho Juan Álvarez Zapata, que asimismo fue maestrescuela tuvo una hija la cual casó con Rodrigo de Alarcón, la cual fue sobrina del dicho Bernardino Zapata

y dio regreso a una canonjía al doctor Peralta, hermano de dicho Rodrigo de Alarcón y este Peralta ha dado regreso de ello a Juan de Alarcón, y el nieto de dicho Juan Álvarez Zapata, maestrescuela de quien el dicho doctor Peralta había recibido la canonjía¹.

Les acusó también Silíceo de haber sido comuneros y, pese a ello, imploraron a Carlos V su favor para que anulara el Estatuto. El fundador de la Universidad de Toledo, Francisco Álvarez de Toledo, tío de Bernardino de Alcaraz y hermano del secretario de la reina Isabel, murió preso en Valladolid por su implicación en la causa comunera (Lorente, 1999).

En el origen de la escritura del *Lazarillo*, dicho ello siguiendo la hipótesis que desarrolla, está el que, en la contestación de Silíceo al escrito de los contradictores que presentó en la Corte en Valladolid Bernardino de Alcaraz, incluye el arzobispo feroces ataques contra cada uno de los diez, dando su nombre y apellidos y afeando sus comportamientos y su vida pasada. Así, señala que muchos de ellos tuvieron relaciones con mujeres, fruto de las cuales nació abundante descendencia, incumpliendo el voto de castidad, origen del «caso» sobre el que tanto se ha debatido (Cáceda, 2024). Los califica, además de comuneros, de alumbrados —asunto central de los episodios del ciego y del clérigo de Maqueda— y de herejes. Y, asimismo, les afea el haber seguido practicando la religión de sus antepasados, causa de que García Zapata, abad del monasterio de la Sisla en Toledo, fuera quemado vivo por practicar ritos judíos:

Item, el dicho fray García Zapata, que así fue quemado, tuvo un hermano el cual se fue a declarar judío a extrañas tierras, donde fue recibido por rabí en la sinagoga de ellas, el cual según fama escribió una carta a su hermano el maestrescuela cojo en la cual solicitaba para que se fuese allá a donde él estaba para vivir como judío; por donde parece que debía ser tan judío como lo fue su hermano. Así que este maestrescuela Bernardino de Alcaraz fue sobrino de estos, hijo de Hernando Álvarez, su hermano².

Cita a cada uno de los diez contradictores y solicita a continuación un duro castigo para ellos, algo que enfadó sobremanera al autor de la obra y que provocó como respuesta la escritura del *Lazarillo*:

Item aunque otras muchas causas y razones no se hallasen más de las que están dichas parece ser cosa justísima no solamente que de aquí adelante el dicho estatuto se guarde, pero que se excluyan y aparten de esta Santa Iglesia los que

¹ «Papeles referentes al Estatuto de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, hecho siendo arzobispo D. Juan Martínez Silíceo». Biblioteca Nacional. Ms 13038, ff. 29r y 29v. Recuperado de: *Biblioteca Digital Hispánica*. Consultado el 04/04/2023.

² «Papeles referentes al Estatuto de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, hecho siendo arzobispo D. Juan Martínez Silíceo», ff. 30v. Biblioteca Nacional. Mss. 13038. Recuperado de: *Biblioteca Digital Hispánica*. Consultado el 04/04/2023.

contradijeron el dicho estatuto y así el arzobispo y cabildo quedan con esperanza que V.A. lo mandara, lo cual haciendo quedará en perpetua paz y sosiego esta Santa Iglesia, y servida de personas no sospechosas, las cuales deben ser lo que en este Santo Templo han de residir³.

La solicitud de Silíceo de que «se excluyan y aparten de esta Santa Iglesia los que contradijeron el dicho estatuto» está en el origen, en mi opinión, de la escritura del *Lazarillo de Tormes*. Su autor, uno de los diez citados por el arzobispo, se vengó de él por sus durísimas amenazas escribiendo su novela como respuesta a Lázaro / Silíceo, el protagonista de la obra y arzobispo de la Ciudad Imperial.

Los tratados del ciego y del clérigo de Maqueda no pueden entenderse si no los relacionamos con el fenómeno de los alumbrados de Toledo. El clérigo de Maqueda, según creo haber demostrado en otro estudio (Cáseda, 2022b), es la transfiguración literaria del único fiscal inquisitorial que llevó la acusación en las causas contra Miguel de Eguía, Ruiz de Alcaraz, Bernardino de Tovar, Francisco Ortiz, Antonio de Medrano o Juan de Vergara, este último uno de los principales opositores del Estatuto de Silíceo. Se trata del burgalés Diego Ortiz de Angulo, clérigo de Maqueda desde 1539, al frente de una capellanía en esta localidad un año después.

En este episodio de la obra, el arcaz representa a la Iglesia, cerrada, vieja y rota, que ha de ser «reformada» (Weiner, 1970). Pero el clérigo, el único poseedor de la llave, no deja que nadie acceda a su interior sin su permiso. En este arcaz no se guarda un pan cualquiera, sino los «bodigos» o *panis votitus* que los feligreses le entregan para el sacrificio de la misa y comunión del cuerpo de Jesucristo. Lázaro intentará una y otra vez acceder a ellos, objetivo que consigue gracias a la llave que le entrega el calderero, símbolo de San Pedro o de la Iglesia primitiva. Cuando puede degustar este pan o cuerpo de Jesús, el autor de la obra lo describe como un *dexado* o alumbrado en sus momentos de éxtasis en la unión con Dios.

El clérigo, temeroso de que puedan entrar en su arcaz los ratones —o alumbrados— y la serpiente —o protestantes— hace pequeños arreglos que no impiden, sin embargo, que Lázaro acceda a los bodigos. Cuando finalmente es descubierto, el clérigo lo expulsa de su casa llamándolo endemoniado y lanza contra él toda su ira, como solían hacer los inquisidores, entre ellos, este fiscal del distrito de Toledo, mano derecha del inquisidor general, el medio hermano de Jorge Manrique, Alonso Manrique de Lara.

Si el episodio del clérigo de Maqueda gira en torno al cuerpo de Cristo, simbolizado por los bodigos del arcaz, el del ciego amo de Lázaro lo hace en torno al vino como símbolo de la sangre de Jesús. En este tratado el ciego «alumbró a Lázaro», verbo que aparece en varias ocasiones. Según el amo de Lázaro, el vino, que le causa sus males, es también el que le cura de sus daños. Cuando el joven bebe a hurtadillas en la jarra a través de un orificio, se asemeja a los *dexados* en contacto con Jesús. Pero el ciego

³ *Ibidem*, f. 34v.

es la antítesis de aquellos, pues si los alumbrados huían de los espacios sagrados y abominaban a los clérigos, él está siempre al abrigo de las iglesias y de los templos de devoción. Si aquellos buscaban en los libros sagrados el conocimiento, él vive del recitado de oraciones para curar y para engañar a viejas y devotas de las que se aprovecha y se lucra. Si para los alumbrados la verdadera religión se tenía que vivir de una forma directa y personal, el dueño de Lázaro se convierte en otro intermediario que utiliza la religión en su provecho.

Si tras el personaje del clérigo de Maqueda hallamos a una persona real, el citado fiscal inquisidor Diego Ortiz de Angulo, que llevó a cabo la acusación contra los alumbrados de Toledo entre los años veinte y cuarenta del siglo XVI, ¿ocurre lo mismo en el caso del ciego? Probablemente, según mi hipótesis, encubre al inquisidor general Alonso Manrique de Lara, medio hermano del poeta autor de las *Coplas a la muerte de su padre*. La ceguera del protagonista del tratado representa, de algún modo, la de este inquisidor, autor del famoso Edicto de 1525 que provocó, años más tarde, la persecución del impresor Miguel de Eguía, del humanista Juan de Vergara, del clérigo Antonio de Medrano o de Bernardino de Tovar, Francisco Ortiz y Ruiz de Alcaraz, entre otros muchos. Extremeño como Silíceo, fue muy amigo suyo y parece que también su protector si atendemos a la dedicatoria de la *Ars Arithmetica* del luego arzobispo: «Juan Martínez Silíceo, de la diócesis de Badajoz, desea felicidad perpetua a su generoso señor D. Alonso Manrique, obispo de Badajoz» (Martínez Silíceo, 2000 [1514]). Intervino D. Alonso a su favor con el duque de Alba en su designación como preceptor del príncipe Felipe y parece que fue, como reconoce el propio Silíceo, muy «generoso» con él.

Bajo el disfraz de buldero, se halla acaso también una persona contemporánea del escritor del *Lazarillo*, el comisario de la Santa Cruzada Juan Suárez de Carvajal (Cáceda, 2019), nombrado para este cargo en 1546 gracias a su tío el cardenal García de Loaysa (Martínez Millán, 1991), un año antes de la designación de Francisco de Comontes como maestro pintor de la catedral de Toledo, del mercedario Pedro de Oriona como obispo auxiliar de Silíceo y de la votación del Estatuto de limpieza de sangre. Individuo de muy baja catadura moral, fue objeto de las críticas de fray Bartolomé de las Casas y fue asimismo expulsado del Consejo de Indias por sus turbios manejos económicos. Como comisario de la Santa Cruzada, a cargo de las bulas y de la recaudación de una importante cantidad de dinero, fue su actuación objeto de suspicacias a causa de sus corruptelas. Como he indicado en un estudio anterior a este, el canónigo y contradicтор del Estatuto de Silíceo, Bernardino de Alcaraz, lo conocía muy bien (Cáceda, 2019).

En 1547, la Inquisición instruyó un auto de fe contra un anciano campesino de Illescas, en la Sagra toledana donde se desarrolla el episodio del buldero, por ridiculizar las bulas, el único auto inquisitorial abierto durante el tiempo de la escritura del

Lazarillo sobre este asunto⁴. Presumiblemente, el autor del *Lazarillo* sitúa la acción del episodio tras tener conocimiento de esta causa.

María del Carmen Vaquero Serrano (2008), Eduardo Torres Corominas (2011), Joaquín Corencia Cruz (2013), y antes Dalai Brenes (1986) han estudiado el entramado «político» que subyace en la obra y que explica la presencia en ella de la familia Carvajal a través del «comendador de la Magdalena» y del secretario del príncipe Felipe, el aragonés Gonzalo Pérez, padre del también secretario Antonio Pérez. El primero es el hijo de Lorenzo Galíndez de Carvajal, secretario este último del emperador Carlos V, el comendador Antonio Galíndez de Carvajal al que sirve el negro Zaide, padrastrero de Lázaro, quien le dio un hermanito mulato (Vaquero, 2010). Y el segundo, Gonzalo Pérez, está onomásticamente presente en la combinación de los apellidos de Tomé González y de Antona Pérez, los padres de «Lázaro González Pérez» (Torres, 2012).

En cuanto al primero, sabemos hoy algo que muchos contemporáneos del tiempo de la escritura de la novela desconocían, pero no su autor. Sabía que el padre de Lorenzo, abuelo, por tanto, del comendador de la Magdalena, había tenido una relación en Coria, donde tiempo después será clérigo Silíceo, con una «moza de servicio» —como la madre de Lázaro— morisca (Cuart, 1996). De tal modo, el gran humanista y secretario del emperador Lorenzo Galíndez de Carvajal, y también su hijo Antonio, era descendiente de moriscos y tenía la sangre «manchada». De igual modo, y de forma absolutamente paralela, el mozo de caballos «Zaide» tiene un nombre morisco y en el episodio se menciona la «conversación del Zayde» (Ruffinatto, 2011: 114) y el modo en que «continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito» (Ruffinatto, 2011: 113). De forma subrepticia, se indica en la novela que Zaide era converso, haciendo un juego de palabras, algo habitual en el *Lazarillo*, entre las voces «conversión» / «conversación». ¿Por qué no aparece Lorenzo Galíndez de Carvajal y en su lugar lo hace su hijo Antonio? Porque el primero había fallecido en 1527. No creo que sea casual el hecho de que Zaide sea negro en la obra. Entonces otro negro de origen morisco, antiguo esclavo, sirvió en América como soldado a un homónimo del comendador de la Magdalena, Antonio de Carvajal. Convertido al cristianismo, cambió su nombre y tomó el de «Juan Garrido» (Sánchez Sánchez, 2020). Muy probablemente se inspiró en él el autor de nuestra novela.

La causa de que aparezca en la obra, aunque solo mencionado y de forma subrepticia, el secretario del príncipe Felipe, Gonzalo Pérez, tiene que ver probablemente con la importancia que tendría en la aprobación final del Estatuto de Silíceo. Hubo dudas en su momento de la limpieza de sangre de este hijo de hidalgos de situación económica mediana o pobre —tal vez por ello se asocia a los padres de Lázaro— de este hijo de dueños de tierras en Ariza (González Palencia, 1946), procedente, por tanto, como los progenitores de aquel, de un pequeño pueblo. Sabía el creador del *Lazarillo* que,

⁴ Archivo Histórico Nacional. ES.28079.AHN//INQUISICIÓN,112, Exp.11.

llegado el momento, este importante funcionario de la corte se inclinaría del lado del arzobispo de Toledo y no de los contradictores.

En ambos casos, y por eso, en mi opinión, aparecen en la obra, los dos personajes satirizados tuvieron sangre manchada o sucia; en un caso como descendiente de moriscos –Antonio de Carvajal–, y también de forma presunta en el caso del secretario del príncipe, este último, además, de orígenes humildes, a diferencia de los Carvajal. La razón de la presencia de ambos en la novela, aunque solo citados, obedece a que el autor de la obra suponía que darían su apoyo a la aprobación del Estatuto de limpieza de sangre y a que eran respetados miembros del poder político, pese a que tenían la sangre manchada y no eran, por tanto, cristianos viejos sino conversos. El que estén ocultos en la obra era algo lógico, pues se trataba de personas muy importantes dentro de la Corte.

¿También se esconde una persona contemporánea del tiempo de la escritura del *Lazarillo* bajo el disfraz de capellán de la catedral de Toledo, a quien sirve Lázaro de Tormes como aguador? Según mi parecer, se trata de Blas Ortiz, antiguo capellán del regente y más tarde papa Adriano de Utrecht, vicario de la diócesis de Toledo cuando se escribió la obra e inquisidor, alguien muy importante en la vida de la catedral de Toledo, mano derecha de Silíceo y partidario del Estatuto de limpieza de sangre al que dio su voto afirmativo en julio de 1547.

2. BLAS ORTIZ, EL PROBABLE CAPELLÁN AL QUE SIRVE LÁZARO COMO AGUADOR EN LA CIUDAD DE TOLEDO

El episodio en que Lázaro entra al servicio como aguador de un capellán de la «Iglesia mayor» o catedral de Toledo es muy breve y por ello me permito copiarlo. Dice así:

Siendo ya en este tiempo bien moçuelo, entrando un día en la yglesia mayor, un Capellán me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y quatro cántaros y un açote, y començé a echar agua por la ciudad. Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcançar buena vida, porque mi boca era medida. Dava cada día a mi amo treynta maravedís ganados, y los sábados ganava para mí, y todo lo demás, entre semana, de treynta maravedís. Fueme tan bien en el officio que, al cabo de quatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honrradamente de la ropa vieja, de la qual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raydo de manga truncada y puerta, y una capa, que avía sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dixe a mi amo se tomasse su asno, que no quería más seguir aquel officio. (Ruffinatto, 2011: 232 y 233)

Se indica que su labor consistía en «echar agua por la ciudad». Hay, detrás de esta declaración, en el contexto de la obra, así como en el momento histórico en que se escribe, una referencia plausible, aunque subrepticia, a la «limpieza» de sangre. Algo

parecido ocurre en el caso del escudero, el cual es descrito como un hombre lleno de mugre y de suciedad, al que «no se le podía pegar mucha limpieza» (Ruffinatto, 2011: 180) y cuya cama no estaba «muy continuada a lavarse» (Ruffinatto, 2011: 175). Las palabras «limpieza», «lavar» y otros sinónimos son utilizadas por el autor del *Lazarillo* en referencia al Estatuto de Silíceo.

Pero, además, este «oficio» de Lázaro de aguador o azacán en aquella época en Toledo estaba vinculado a un grupo de «extranjeros» que lo desarrollaban de forma prácticamente exclusiva, los franceses, según indica Sebastián Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* cuando define el término «azacán»:

El que trae o administra el agua. Nombre árábigo, usado en la ciudad de Toledo, adonde comúnmente los aguadores son gabachos, y se hacen muy ricos con un solo jumento o dos. Por estar la ciudad en alto y no haber fuentes, es necesario subirlo del río, así para beber de ordinario, como para henchir los aljibes. (Covarrubias, 1611: 561)

He señalado con anterioridad que Lázaro de Tormes es probablemente la máscara literaria que el autor de la novela pone a Silíceo. De este modo, podemos entender la razón de que Lázaro aparezca en la obra como un «aguador» o azacán, oficio propio de naturales de una tierra en la que vivió durante muchos años el nuevo arzobispo de Toledo, donde se formó, fue profesor y escribió sus primeros libros. Y, asimismo, Silíceo, como Lázaro, «echó agua» o limpió la catedral de Toledo de judeoconversos. Añádase a ello la consideración de Lázaro como «extranjero» a lo largo de la obra, por cuya causa no pudo pedir por las calles de la ciudad cuando se prohibió por orden municipal:

Pues, estando yo en tal estado, passando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa bivienda no durasse. Y fue, como el año en esta tierra fuesse estéril de pan, acordaron el ayuntamiento que todos los pobres estranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen, fuesse punido con azotes. Y assí, executando la ley, desde a quatro días que el pregón se dio, vi llevar una processión de pobres azotando por las Quatro Calles; lo qual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar. (Ruffinatto, 2011: 109)

El deán de la catedral, Diego de Castilla, quien con mucha probabilidad, se oculta tras el escudero de la novela, pese a que no pudo votar según normas del cabildo por no ser canónico, señaló al respecto lo siguiente, una vez conocido el resultado favorable al Estatuto de veinticuatro frente a diez:

En caso de que el estatuto de esta Santa Iglesia, acerca de las personas que en ellas adelante han de residir y ser admitidos por beneficiados, se ha de mudar, limitar o restringir de como ahora se practica y usa, de manera que solo en ella de aquí en adelante se admitan caballeros ilustres hombres hijosdalgo o letrados graduados por rigor de examen conforme a las pragmáticas de estos reinos, y no

otra persona alguna porque admitir gente baja y popular sin tener otras calidades que les ayuden, su color de ser cristianos viejos es destruir la grandeza y autoridad de esta Santa iglesia y la orden de ella⁵.

La referencia del deán a que solo deberían ser admitidos beneficiados que cumplieran la condición de «caballeros ilustres, hombres hijosdalgo o letrados graduados [...] conforme a las pragmáticas de estos reinos» es quizás un ataque directo contra Silíceo, procedente de una familia muy humilde de campesinos pobres, formado fuera del país, concretamente en la capital francesa, graduado sin «rigor de examen» conforme a estas pragmáticas. A cambio, según su queja, bastará en adelante para formar parte del cabildo catedralicio con ser «cristiano viejo», aunque se trate de «gente baja y popular» como era el caso del arzobispo Silíceo.

Lázaro, por tanto, y siempre según esta hipótesis, sirvió o participó en la «limpieza» de Toledo de forma muy activa durante cuatro años. Probablemente, la referencia a este periodo de tiempo guarde relación con el momento de escritura de la obra. Si el Estatuto se aprobó en julio de 1547, el mismo año de los nombramientos señalados del obispo auxiliar Pedro de Oriona, del maestro pintor de la catedral Francisco de Comontes, un año después de la designación como comisario de la Santa Cruzada de Juan Suárez de Carvajal, y se dice en el texto que Lázaro estuvo cuatro años en este oficio, parece lógico pensar que la obra tuvo que componerse, añadidos los cuatro a 1547, como muy pronto en 1551, término *a quo* de su escritura. Para entonces, la intensidad de la pelea entre defensores del Estatuto y contradictores había disminuido considerablemente, situándose la contienda en un *interim*, a la espera de la aprobación final que todavía tardaría tres años. Entonces –1551– se instalaron en Toledo los jesuitas (Martín, 2011), los grandes enemigos del arzobispo, a los que prohibió entonces que predicaran, confesaran o administraran la eucaristía, aduciendo que esta Orden religiosa estaba llena de judeoconversos.

En virtud de lo hasta aquí señalado, parece claro que el capellán al que sirve Lázaro, un canónigo de la catedral de Toledo, fue alguien muy próximo a Lázaro / Silíceo y, por supuesto, se trata de un clérigo que votó favorablemente al Estatuto en julio de 1547. Los que dieron su voto afirmativo son los siguientes⁶: del coro del deán, Ponte («abad de San Vicente»), Francisco Téllez de Madrigal, Riba de Enzina, Soto, Alfonso Ruiz, Castro, Diego Ortiz, Ramiro de Guzmán, licenciado Quiroga, el prior Cebrián, el obispo Campo; y del coro del arzobispo, el tesorero García Manrique, el vicario del coro Diego López de Ayala, el vicario general y doctor D. Blas Ortiz, Francisco

⁵ «Papeles referentes al Estatuto de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, hecho siendo arzobispo D. Juan Martínez Silíceo», ff. 7r y 7v. Biblioteca Nacional. Mss. 13038. Recuperado de: Biblioteca Digital Hispánica. Consultado el 04/04/2023.

⁶ «Papeles referentes al Estatuto de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, hecho siendo arzobispo D. Juan Martínez Silíceo», ff. 6r y 6v. Biblioteca Nacional. Mss. 13038. Recuperado de: Biblioteca Digital Hispánica. Consultado el 04/04/2023.

de Silva, Juan de Mariana, Rodrigo Dávalos, Pedro Navarro («camarero que fue del cardenal D. Juan Tavera»), Diego de Guzmán, Gómara y el arzobispo Silíceo. Entre ellos se encuentra posiblemente el «capellán» a quien sirvió Lázaro como aguador en la limpieza de la ciudad de Toledo.

¿Quién, de los citados, puede ser? En mi opinión, el doctor Blas Ortiz, mano derecha, como vicario, del arzobispo Silíceo, encargado de trasladar a toda la diócesis sus mandatos y una persona de su total confianza, quien había ostentado el mismo cargo durante el gobierno de los dos anteriores arzobispos de Toledo (Gonzálvez, 1999).

¿Por qué aparece en la novela como «capellán» y no como «vicario»? Porque hubiera sido descubrirse demasiado y eso el autor de la obra no podía hacerlo. Si Lázaro es la máscara literaria de Silíceo –ambos, curiosamente, nombres esdrújulos– y el segundo aparece velado y no oculto del todo, también el maestro pintor Francisco de Comontes está escondido, aunque no en grado absoluto, señalado como «maestro de pintar panderos». Lo mismo ocurre en la mayoría de los casos en la obra. Por ejemplo, el «mercedario» es el miembro de la Orden de la Merced, fray Pedro de Oriona; el «arcipreste de San Salvador» es alguien muy vinculado con esta iglesia de Toledo, el canónigo y maestrescuela Bernardino de Alcaraz. El autor del *Lazarillo* esconde a sus referentes, pero no del todo, y siempre nos ofrece algunas pistas. En el caso del capellán, ocurre exactamente lo mismo. El título que recibe este personaje en la obra tiene que ver con el que tuvo el vicario catedralicio antes de llegar a Toledo: capellán del regente Adriano de Utrecht, este último un personaje muy relevante del poder político en España, antiguo preceptor del emperador Carlos V y persona de su total confianza. Blas Ortiz acompañó a Adriano durante su viaje para recibir el nombramiento como papa en Roma, donde fue su mano derecha (Vaquero, s.f.) y siguió siendo su capellán personal. El nuevo papa le procuró una canonjía en Toledo, donde lo situamos en tiempos de escritura del *Lazarillo*.

Blas Ortiz nació en la localidad de Villarrobledo, en la actual provincia de Albacete, en 1485, en el seno de una familia de hidalgos locales al frente de la representación municipal (Fernández Collado, 1999: 89 y 90). En 1516, fue nombrado capellán del Colegio de Santa Cruz de Valladolid, cuando ya era provisor del obispado de Calahorra. Conoció en Vitoria en 1522 al otrora preceptor del emperador, Adriano de Utrecht, quien ese mismo año lo designó su capellán. Siendo nombrado papa un año después Adriano VI, el último no italiano hasta Juan Pablo II, dio Blas Ortiz noticia de su viaje a Roma en su *Itinerarium Adriani sexti ab Hispania unde summus acersitus fuit pontifex, Romam usque ab ipsius pontificatus eventos*, publicado en Toledo en 1546. Poco duró, sin embargo, el papado, puesto que en 1523 falleció Adriano y Blas Ortiz tuvo que regresar a España ocupando su canonjía en la catedral de Toledo. Fue vicario de los obispos Fonseca, Tavera y, finalmente, de Silíceo. En el año 1531 se doctoró en Derecho y fue luego nombrado visitador del Tribunal del Santo Oficio, realizando en esta condición numerosos viajes por Andalucía, Valencia, Castilla, Navarra, Aragón y Cataluña. Participó en el proceso contra su compañero canónigo Juan de Vergara, para el que pidió,

aunque sin éxito, una pena leve. Falleció en el año 1552. Este dato cronológico permite afirmar que si el que aparece como capellán es él, vivo, por tanto, en el momento de la escritura de la novela, tal vez esta se elaboró como tarde en ese mismo año, término *ad quem* de su composición. En razón a las marcas temporales, hemos de datar la obra entre dos fechas, 1551, cuatro años después de la aprobación del Estatuto de Silíceo, y 1552, año de la muerte del capellán del papa Adriano VI, Blas Ortiz.

En 1549, publicó en Toledo su *Summi Templi Toletani perquam graphica descriptio*, un monumental estudio del templo catedralicio, el primero hecho en España, en que se hallan muchas noticias históricas de este singular edificio, escrito durante el tiempo en que se debatió el Estatuto de Silíceo y se encontraban en contienda constante los dos bandos, sus defensores y los contradictores.

En el episodio transcrito con anterioridad sobre el capellán, se alude en dos ocasiones a los treinta maravedís que a este le entregaba Lázaro cada día, siendo el resto para él, así como integra la ganancia de los sábados: «Dava cada día a mi amo treynta maravedís ganados, y los sábados ganava para mí, y todo lo demás, entre semana, de treynta maravedís» (Ruffinatto, 2011: 233). La referencia a esa cantidad de dinero – treinta – guarda relación probable con las treinta monedas que recibió Judas por su traición a Jesucristo. En nuestro caso, la ganancia se reparte entre los dos y, por tanto, ambos son dos traidores, como Judas, de sus compañeros canónigos judeoconvertos de la catedral, traicionados por el vicario y por el arzobispo. La referencia al «açote» en las mismas líneas no es baladí, puesto que tradicionalmente los Judas figurados en la Semana Santa eran azotados por su delación de Jesucristo. En la iconografía más antigua, se representa a Judas besando con su boca a Jesús, acto acordado previamente para señalarlo e identificarlo ante los miembros del sanedrín, hecho ocurrido, según las Escrituras, tras la Última Cena. Esto explica, en mi opinión, el significado de la frase que aparece en el episodio donde se dice que «este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcançar buena vida, porque mi boca era medida» (Ruffinatto, 2011: 232). La referencia a la boca guarda de este modo relación con el beso de Judas a Jesucristo y su traición que le permitió obtener treinta monedas. Del mismo modo, Lázaro y el capellán traicionaron a sus compañeros judeoconvertos y lograron, en el caso del vicario, el favor del arzobispo, y, en el de este último, subir otro «escalón» para la obtención final del cardenalato.

Todo el episodio gira en torno al tema de la limpieza de sangre. Algo que constatamos en la mención al agua, a las traiciones de Blas Ortiz y del arzobispo, al oficio de aguador desarrollado entonces en su totalidad por franceses. Esto último está también presente en el uso de un galicismo que tendrá fortuna en adelante, por ejemplo, en el *Crotalón*, el sintagma «hombre de bien» (Cáceda, 2018), procedente del francés *homme de bien* («desque me vi en hábito de hombre de bien, dixe a mi amo se tomasse su asno, que no quería más seguir aquel officio») (Ruffinatto, 2011: 233). Lázaro, máscara de Silíceo, formado y educado en París, utiliza esta expresión de origen galo y desarrolla una labor propia de los de aquel país en Toledo. Se trata, una vez más, de pequeñas

pistas que va deslizando el autor del *Lazarillo* a lo largo de la obra para la identificación de este personaje. Obsérvese que la expresión se acompaña de la palabra «hábito» («en hábito de hombre de bien»), una probable mención a la condición clerical de este Lázaro / Silíceo.

La alusión a la limpieza de sangre está también muy presente en las adquisiciones que hace Lázaro una vez que ha obtenido sus ganancias por su «oficio» de aguador o azacán. Todo lo que compra es viejo: «ahorré para me vestir muy honrradamente de la ropa vieja, de la qual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raydo de manga trancada y puerta, y una capa, que avía sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar» (Ruffinatto, 2011: 233). El empleo del mismo adjetivo tres veces («viejo» o «vieja») se debe a que hay implícita en estas menciones una referencia a los «cristianos viejos», frente a los cristianos nuevos o judeoconvertos. Así, Lázaro / Silíceo era un cristiano viejo de orígenes limpios, no contaminado por sangre morisca o judía. Por eso Lázaro adquiere «ropa vieja». Además, no es accidental la presencia del adverbio que acompaña, «honrradamente», que insiste en la honra que supone tener la sangre limpia y ser un cristiano viejo. La palabra «honra» aparece en el tratado del escudero hasta seis veces, quien se ufana, vanamente porque todos sabían que quien se escondía bajo este disfraz era un reconocido judeoconverso, el deán Diego de Castilla. Se dice en concreto lo siguiente:

¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trujo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechara. ¡Oh Señor, y cuántos de aquéstos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían. (Ruffinatto, 2011: 180)

Lázaro afirma en este episodio que «de tal modo en las cosas de la honra, en [...] el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien» (Ruffinatto, 2011: 199). El mismo término abre el texto en su prólogo («la honra cría las artes») (Ruffinatto, 2011: 106). En el último tratado, el arcipreste de San Salvador se refiere a la esposa de Lázaro y, ante él, dice lo siguiente: «Ella entra muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho» (Ruffinatto, 2011: 241).

En el episodio del capellán y de Lázaro aguador, la honra se refiere exclusivamente, según mi hipótesis, a la limpieza de sangre, a la que se acompaña la mención de la condición de cristiano viejo de este Lázaro / Silíceo a través de la metáfora de la ropa vieja y de la espada, también vieja, que adquiere.

Lázaro y el capellán forman, por tanto, en la obra una perfecta sociedad de intereses, como así ocurrió entre Silíceo y su vicario general de la diócesis, Blas Ortiz. De

hecho, este último dijo del arzobispo que era con él «*munificentísimo*»⁷. La relación entre ambos debió de ser excelente en la condición de aquel de vicario o mano derecha del arzobispo, pero también como inquisidor que participó de forma muy activa en diversas localidades de todo el reino, especialmente en Valencia, donde residió durante un tiempo, y en Granada. El autor del *Lazarillo*, muy satírico con el fiscal inquisidor del distrito de Toledo, el clérigo de Maqueda Diego Ortiz de Angulo, y también con el protector de Silíceo, el inquisidor general Alonso Manrique, se muestra también crítico con el capellán del tratado del *Lazarillo*, el vicario e inquisidor Blas Ortiz.

Se ha querido ver en este último a alguien próximo a Juan de Vergara, para quien pidió una leve condena en la larga causa inquisitorial que se siguió contra el gran humanista. Sin embargo, presumiblemente para el autor del *Lazarillo* se trataba de un traidor de sus propios compañeros canónigos de la catedral de Toledo que pudo haber hecho mucho más en su favor, alguien que fue la mano derecha de Silíceo, que votó afirmativamente a su Estatuto en julio de 1547 y que se sirvió de su buena relación con el «*munificentísimo*» arzobispo para obtener réditos. Para el creador de la novela, se trataba en ambos casos de traidores, de dos Judas de sus compañeros que los vendieron a cambio de su promoción personal. Si antes estos canónigos judeoconversos habían tenido amistad con el vicario y convivido durante muchos años, ahora este los traicionaba, siguiendo como su fiel escudero las nuevas orientaciones de Silíceo, el Lazarillo de la novela, arzobispo de formación francesa, un verdadero extranjero o un extraño para el poderoso círculo de canónigos conversos de la catedral primada, quien vino a cambiarlo todo.

Hay, en este capítulo de la obra, una palabra que como la de «vieja» o el numeral «treinta» se repite, también tres veces, «ganancia» y sus derivados: «treyn ta maravedís ganados» (Ruffinatto, 2011: 233); «y los sábados ganava para mí» (Ruffinatto, 2011: 233); «con poner en la ganancia buen recaudo» (Ruffinatto, 2011: 233). En el libro sobre la catedral de Toledo que escribió Blas Ortiz, obra publicada en 1549 y que leyó sin duda el autor del *Lazarillo*, aparece dicha palabra en un momento fundamental, cuando, al principio del texto, requiere su autor al príncipe Felipe su apoyo económico para mejorar el estado del establecimiento, a la vez que le da las gracias por haber elegido a Silíceo como arzobispo de Toledo:

Pero si alguna cosa de aquellos antiguos derechos y jurisdicciones que se suelen alterar frenquentemente con la mudanza de los tiempos, pareciere haver perdido nuestra Yglesia y sus arzobispos todo ello así por la autoridad de Vuestra Sacra Magestad, vuestro meritíssimo maestro, digo, esperamos se restituiia con *ganan-*

⁷ Ortiz, Blas, *Descripción del sumo y máximo templo de la Santa Iglesia de Toledo y de todas las demás cosas que en él hay dignas de saberse [Manuscrito] / por el Doctor Blas Ortiz, canónigo de la dicha Iglesia*. Mss. 9168 de la Biblioteca Nacional. En red: <https://bdh-rd.bne.es/>.

cia y aumento ; para que vos , Sereníssimo *Príncipe* , que nos disteis este digníssimo prelado, seáis visto con afecto [...]⁸

En el párrafo citado, Blas Ortiz afirma de forma expresa que fue el príncipe Felipe quien intervino en el nombramiento de Silíceo como arzobispo de la catedral primada, recordando que fue su preceptor y, a la vez, le pide «ganancia y aumento» de los beneficios para el templo y para sus canónigos. Esta parte de la obra fue la que, sin duda, más interesó a estos últimos, entre ellos, al autor del *Lazarillo*, cuando estaba en plena efervescencia el debate del Estatuto. Blas Ortiz habla de la «ganancia» o favores pedidos al príncipe y reconoce a Silíceo como un «digníssimo prelado». La prueba, bajo mi punto de vista, de esta magnífica relación y sintonía se encuentra también en el *Lazarillo* en la sociedad conjunta entre este capellán, el antiguo capellán del papa Adriano de Utrecht, y Lázaro / Silíceo: uno al frente de la catedral primada y otro, su vicario, en la diócesis toledana; pero ambos, aunque cristianos viejos y de sangre limpia en los dos casos, traidores, en opinión del autor del *Lazarillo*, de sus compañeros canónigos.

3. CONCLUSIONES

Este estudio parte de otros anteriores ya citados en que se identifican al «maestro de pintar panderos», al «buldero», al «escudero», al «clérigo de Maqueda» y a otros personajes del *Lazarillo*, entre ellos, al protagonista del texto (Lázaro / Silíceo). Se analiza el episodio en que sirve como aguador a un capellán de la catedral de Toledo, muy probablemente, el canónigo Blas Ortiz, vicario de la diócesis, fiel servidor de su arzobispo y uno de sus mejores apoyos en la defensa del Estatuto de limpieza de sangre (1547) ante los opositores o contradictores, diez miembros del cabildo que le hicieron frente durante nueve años, hasta su aprobación definitiva en 1556. Este trabajo, un hito más para desvelar quiénes se ocultan tras la máscara de los personajes del texto, confirma que se trata de una «novela en clave».

La novedad de esta investigación, y de los trabajos que le precedieron a los que se hace referencia en la primera mitad del estudio, es que no parte de la idea preconcebida de un posible autor de la obra, cuya biografía y obra literaria se contrastan y comparan con la novela de Lázaro, sino que busca su origen (¿por qué la creó?) y desde ahí trata de comprender su significado. Y la causa sería la aprobación inicial de dicho Estatuto, que generó enormes tensiones entre el grupo de judeoconversos de la catedral. La amenaza de Silíceo de expulsar a todos los «contradictores» es lo que origina la composición de la novela.

Hay dos derivadas muy importantes de esta identificación. En primer lugar, no pudo componerse antes de 1547 y, por tanto, se han de excluir como autores a la

⁸ Ortiz, Blas, *Descripción del sumo y máximo templo de la Santa Iglesia de Toledo y de todas las demás cosas que en él hay dignas de saberse [Manuscrito] / por el Doctor Blas Ortiz, canónigo de la dicha Iglesia*. Mss. 9168 de la Biblioteca Nacional. En red: <https://bdh-rd.bne.es/>.

mayor parte de los que hasta ahora se han propuesto. A este respecto, este trabajo establece un marco temporal muy estrecho (1551-1552), próximo a la publicación en 1554, lo que explica que no haya noticias de la obra hasta los años cincuenta. Y, en segundo lugar, parece lógico que ha de buscarse a su autor entre los contradictores del Estatuto de Silíceo.

Pero es que, además, esta investigación, en la identificación que se hace del «capellán» al que sirve Lázaro con el vicario Blas Ortiz, antiguo capellán de Adriano de Utrecht (el papa Adriano VI), nos permite tomar el pulso de los enormes conflictos que se vivieron en el seno de la catedral toledana en vísperas del concilio de Trento y de la Contrarreforma en que la instauración de estatutos de limpieza de sangre en las catedrales del reino se convirtió en un instrumento fundamental en la lucha contra los reformismos alumbradista y erasmista auspiciados por muchos conversos, por la Universidad de Alcalá, por la de Toledo y por importantes intelectuales como los Valdés e incluso, en sus años más jóvenes, por el ciego amo de Lázaro, el luego inquisidor general Alonso Manrique de Lara.

Este artículo plantea, así pues, los enfrentamientos que entonces se vivieron en el cabildo toledano, como se puede percibir en el episodio del capellán aguador. El «agua» se convierte en su protagonista, y de este modo la tarea de Lázaro es «echar agua» por una ciudad llena de judeoconversos, especialmente, su catedral. No es casual el oficio que Lázaro / Silíceo desarrolla entonces, aguador, oficio que, según Sebastián de Covarrubias, era propio de los «gabachos», como tildaron los opositores del Estatuto al arzobispo Silíceo, formado en Francia, profesor en París, donde escribió sus primeros libros. La sátira del autor de la novela al capellán y a Lázaro los convierte en dos Judas y de ahí la posible referencia a las «treinta» monedas, al «beso en la boca» y al «azote»; y ello explicaría acaso, también, la presencia de los adjetivos «vieja» o «viejo» para designar a estos dos individuos «cristianos viejos», frente a los judeoconversos o «cristianos nuevos». La sátira de la «ganancia» de ambos por su modo interesado de proceder, persiguiendo a sus compañeros canónigos conversos, estaría entonces en el origen de la escritura de este valioso episodio de la obra.

No puede ser casualidad tampoco que todos los personajes estén relacionados entre sí y mantengan un nexo común con la catedral de Toledo y con el Estatuto de limpieza de sangre. Encontramos, de este modo, en la novela al arzobispo Silíceo (Lázaro de Tormes); al fiscal de la Inquisición y clérigo de Maqueda, mano derecha del arzobispo en la persecución de los alumbrados, Diego Ortiz de Angulo; al ciego amo de Lázaro o inquisidor general Alonso Manrique de Lara, el gran protector de Silíceo; al «maestro de pintar panderos» o «maestro pintor» de la catedral de Toledo, Francisco de Comontes, nombrado por Silíceo en 1547; al «mercedario» o fraile de la Merced en Toledo fray Pedro de Oriona, designado por aquel su obispo auxiliar y «visitador» de la diócesis el mismo año de 1547; al «escudero» o deán de la catedral, Diego de Castilla, uno de los mayores «contradictores»; al arcipreste de San Salvador o maestrescuela de la catedral, Bernardino de Alcaraz; al «buldero» o comisario general de la Santa Cruzada, Juan

Suárez de Carvajal; a los «retraídos» que acogió Silíceo en el edificio, pese a la continua oposición de sus canónigos; al secretario del príncipe Felipe y converso, Gonzalo Pérez, oculto bajo los apellidos de «Lázaro González Pérez»; al converso o descendiente de moriscos comendador de la Magdalena, Antonio de Carvajal, tan «sucio» como su esclavo Zaide. Y, por fin, en el caso que nos ocupa en este estudio, al «vicario» de la catedral de Toledo, el doctor Blas Ortiz, defensor de Silíceo y de su Estatuto, antiguo capellán de Adriano de Utrecht, que, junto con su amo Silíceo, colaboró en la «limpieza» de la catedral de Toledo expulsando a los canónigos conversos y se convirtió, a los ojos del autor del *Lazarillo*, en un «traidor» de sus compañeros canónigos.

En mi opinión, el presente estudio, y los que le precedieron en relación a esta novelita, ofrece un punto de vista bibliográfico y de investigación literaria bastante novedoso, por cuanto estudia la obra bajo una perspectiva histórica, trata de responder a la pregunta relativa a qué originó su escritura, establece un momento de elaboración muy preciso, explica el significado de todos los episodios de la obra y descubre las máscaras bajo las que se esconden todos los personajes. Este sería el único camino para entender la obra, un camino que ha resultado demasiado tortuoso cuando ya han pasado cerca de quinientos años desde su salida de la imprenta.

BIBLIOGRAFÍA

- Amrán, Rica (2011): «La evolución de los conceptos fidelidad e infidelidad en relación a la problemática conversa: el Estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo», en VV.AA., *Les minorités face au problème de la fidélité dans l'Espagne du XV au XVII*, París. Université de Picardie-Indigo, pp. 8-103.
- Amrán, Rica (2016): «Juan de Vergara y el estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo», *eHumanista*, 33, pp. 402-424.
- Brenes Carrillo, Dalai (1986): «Lazarillo de Tormes: Roman à clef», *Hispania*, 69. 2, pp. 234-243.
- Calero Calero, Francisco (2007): «Luis vives y el *Lazarillo de Tormes*», *Calamus Renascens*, 8, pp. 35-50.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2018): «Nuevos datos para la biografía de Cristóbal de Villalón: zapatero, preceptor y mercader», *AnMal Electrónica*, 45, pp. 3-17.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2019): «Nuevos datos sobre la autoría del *Lazarillo de Tormes*: Bernardino Illán de Alcaraz en la obra», *Lemir*, 23, pp. 217-238.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2022a): «El Estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo (1547) en el *Lazarillo de Tormes*: Del arzobispo Silíceo, a su “pintapanderos” (el maestro Francisco de Comontes), a su obispo auxiliar (el mercedario Pedro de Oriona) y al “escudero” (el deán Diego de Castilla)», *eHumanista*, 53, pp. 341-358.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2022b): «Alumbradismo en el *Lazarillo de Tormes*: del ciego que le alumbró al clérigo de Maqueda y fiscal de la Inquisición Diego Ortiz de Angulo», *Artífara*, 22.2, pp. 105-120.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2024): «El «viaje» de Juan Martínez Silíceo de Salamanca y de la Corte a Toledo y la sátira del autor del *Lazarillo* contra los Carvajal, el secretario Gonzalo Pérez, el fiscal inquisidor Diego Ortiz de Angulo y el Estatuto de limpieza de sangre de la catedral primada», *Lemir*, 28, pp. 9-33.

- Ceán Bermúdez, Juan Agustín (1800): *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra.
- Corencia Cruz, Joaquín (2013): *La cuchillada en la fama*, Valencia, Universidad de Valencia.
- Corencia Cruz, Joaquín (2016): «Notas a la cronología interna del *Lazarillo* y la legislación de mendigos y espadas en las Cortes de Carlos V», *Lemir*, 20, pp. 493-532.
- Covarrubias, Sebastián de (1611): *Tesoro de la Lengua Castellana o Española. Compuesto por el Licenciado Don Sebastián de Covarrubias Orozco*, Madrid, Luis Sánchez.
- Cuart Moner, B. (1996): «La sombra del arcediano. El linaje oculto de don Lorenzo Galíndez de Carvajal», *Studia Historica-Historia Moderna*, 15, pp. 135-178.
- Fernández Collado, Ángel (1999): *La catedral de Toledo en el Siglo XVI: vida, arte y personas*, Toledo, Diputación Provincial.
- García Rey, Verardo (1924): «El deán don Diego de Castilla y la reconstrucción de Santo Domingo el Antiguo de Toledo. Segunda parte», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, XVI-II-XIX, pp. 28-109.
- González Palencia, Ángel (1946): *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, Madrid, CSIC.
- González Ruiz, Ramón (1999): *La Catedral de Toledo, 1549: según el Dr. Blas Ortiz: Descripción Gráfica y Elegantísima de la S. Iglesia de Toledo*, Toledo, Antonio Pareja Editor.
- Lop Otín, María José (2005): «Un grupo de poder a fines de la Edad Media: los canónigos de la catedral de Toledo», *Anales de Estudios Medievales*, 35, pp. 635-670.
- López de Ayala, Jerónimo (1901): *Toledo en el siglo XVI después del vencimiento de las Comunidades*, Madrid, Hernández.
- Lorente, Luis (1999): *La Real y Pontificia Universidad de Toledo: siglos XVI-XIX*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha.
- Martín López, David (2011) «La provincia jesuítica de Toledo en tiempos de Francisco de Borja (1551-1572)», en Enrique García Hernán y María del Pilar Ryan (coords.), *Francisco de Borja y su tiempo: Política, religión y cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Albatros, pp. 481-522.
- Martínez Millán, J. y C. J. de Carlos Morales (1991): «Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)», *Hispania*, 51, pp. 901-932.
- Martínez Silíceo, Juan (2000 [1514]): *Ars Arithmetica*, León, Universidad.
- Navarro Durán, Rosa (2003): *Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes*, Madrid, Gredos.
- Ortiz, Blas (1549): *Descripción del sumo y máximo templo de la Santa Iglesia de Toledo y de todas las demás cosas que en él hay dignas de saberse [Manuscrito] / por el Doctor Blas Ortiz, canónigo de la dicha Iglesia*. Mss. 9168 de la Biblioteca Nacional. En red: <https://bdh-rd.bne.es/>. Consultado el 20/06/2024.
- Rodríguez de Gracia, Hilario (1984): «Documentos para la biografía del cardenal Silíceo», *Anales Toledanos*, 18, pp. 85-179.
- Ruffinatto, Aldo (2011): *La vida de Lazarillo de Tormes. Edición, introducción y notas*, Madrid, Castalia.
- Salmerón, Marcos (1646): *Recuerdos históricos y políticos de los servicios que los Generales, y varones ilustres de la religión de Nuestra Señora de la Merced [...]*, Valencia, Bernardo Nogués.
- San Cecilio, Pedro de (1669): *Anales de la Orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced*, Barcelona, Dionisio Hidalgo.
- Sánchez Sánchez, David (2020): «Juan Garrido, el negro conquistador: nuevos datos sobre su identidad», *Hipogrifo*, 8.1, pp. 263-279.
- Sicroff, Albert A (1985): *Los estatutos de limpieza de sangre: controversias entre los siglos XV y XVII*, Madrid, Taurus.
- Torres Corominas, Eduardo (2011): «Un oficio real: el *Lazarillo de Tormes* en la escena de la Corte», *Criticon*, 113, pp. 85-118.
- Torres Corominas, Eduardo (2012): «Gonzalo Pérez, Francisco de los Cobos y *El Laza-*

- rillo de Tormes*», *Libros de la Corte*, 4, pp. 74-104.
- Vaquero Serrano, M^a. Carmen (s.f.): «Blas Ortiz», Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. En red: <http://dbe.rah.es/>.
- Vaquero Serrano, M^a. Carmen (2001): «Una posible clave para el *Lazarillo de Tormes*: Bernardino de Alcaraz, ¿El arcipreste de San Salvador?», *Lemir*, 5, s.p.
- Vaquero Serrano, M^a. Carmen (2006): *El libro de los maestrescuelas. Cancelarios y patronos de la Universidad de Toledo en el siglo XVI*, Toledo, Autora.
- Vaquero Serrano, M^a. Carmen (2008): «El Conde de Arcos: ¿Un rasgo más de la toledanidad del *Lazarillo de Tormes*? ¿Otra ironía?», *Lemir*, 12, pp. 49-92.
- Vaquero Serrano, M^a. Carmen (2010): «El Comendador de la Magdalena del *Lazarillo*: discrepancias sobre su identificación», *Lemir*, 14, pp. 273-288.
- Weiner, Jack (1970): «La lucha de Lazarillo de Tormes por el arca», en Carlos H. Magis (coord.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, El Colegio de México, pp. 931-934.
- García Aguilar, Ignacio (ed.) (2009): *Tras el canon: la poesía del Barroco tardío*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- Gobeo de Vitoria, Pedro (2023): *Naufragio y peregrinación*, ed. Miguel Zugasti, Barcelona, Crítica.
- Esteve, Cesc y María José Vega Ramos (eds.) (2004): *Idea de la lírica en el Renacimiento (entre Italia y España)*, Barcelona, Mirabel.
- Serés, Guillermo (ed.) (1990): Fray Luis de León, *Poesía completa*, Madrid, Taurus.
- Vranich, Stanko B. (1971): «Introducción», en Juan de Arguijo, *Obra poética*, Madrid, Castalia, pp. 7-23.